

Las orillas de las cosas

Miguel González-Gerth

A Rafael Valencia

Siempre hay algo incierto.
No importa qué se haya logrado
en el tiempo y el espacio,
mellizos que nos aprisionan
cuando más o menos los pensamos.
Sucede —y también resulta incierto—
que los sentidos parecen engañarnos.
Se van sintiendo las cosquillas
en las plantas de los pies —base de
la postura que adquirimos
sin saber por qué— y aquéllas,
como cualesquiera otras, anticipan
sensaciones cuyo origen tampoco
ni sabemos ni sabremos discernir.

Dicen algunos que hay que ver las cosas
como son. Pero, ¿cómo es que son?
Y peor aún ¿cómo serán
sin importar cómo hayan sido?
De toda controversia hay que alejarse
sin rendirse, como un gato
que se aleja cautelosamente de otro,
o como un torero
que da la espalda al toro
y no vuelve a la estocada
—mortal por si lo fuera—
sino que en soledad se aleja
en medio de aquel ruedo insoportable
para perderse en la solana.

Siempre queda algo,
 no en el arenoso redondel
 sino en la taza de la vida,
 en el fondo del vaso, del plato,
 del frasco o de la botella.
 Queda algo aunque no se vea,
 aunque no se sienta,
 aunque no se huela,
 aunque no se oiga,
 aunque no se piense:
 en la inertitud, en la incerteza
 en que se regodea la incertidumbre,
 en la inseguridad de que se adueñan
 las orillas de las cosas.
 Pero queda algo que no se sabe
 lo que es,
 sólo algo incierto.

La verdad y la belleza
 —todo lo contundente se da en pares y parejas,
 pese a que el joven Keats
 las haya unificado—
 son más o menos relativas
 a pesar de que hayan aspirado
 a las categorías
 que se dicen absolutas
 y acaban siendo menos aun que relativas
 porque no se relacionan, como no se relacionan
 la luz del medio día y el zumbido de una
 [abeja.

Siempre queda algo incierto.
 Después de haber soñado
 con ápices de pensamiento,
 se termina en la penumbra
 de la insignificancia del momento.